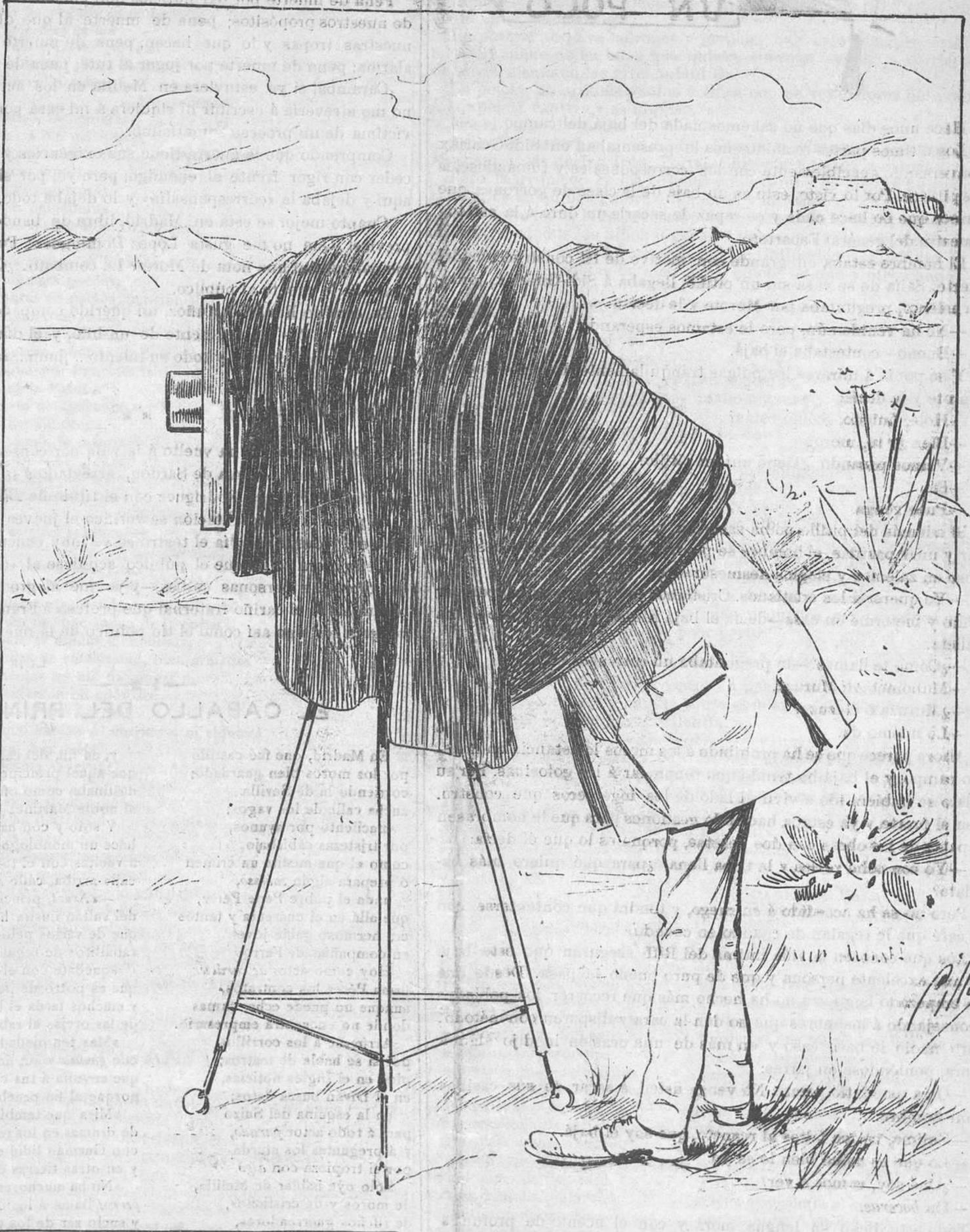


# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

## ADELANTOS DEL ARTE



Un corresponsal artístico en Melilla tomando *apuntes del natural*, según consta luego en letras de molde.

## SUMARIO

**TEXTO:** De todo un poco, por Luis Taboada.—El caballo del príncipe, por Eduardo Bustillo.—Las tres lobas ó el sueño de un huésped, por Juan Pérez Zúñiga.—Moros infantiles, por Eduardo de Palacio.—*Va victis!*, por Sinesio Delgado.—Pues señor..., por Federico Canalejas.—Percal y... seda, por Alejandro Larrubiera.—Instantáneas, por Emilio C. Olaran.—¡Qué desengaño!..., por Abraham Limorti.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

**GRABADOS:** Adelantos del arte.—Mesa revuelta.—Anuncios, por Cilla.



Hace unos días que no sabemos nada del bajá del campo.

Los últimos partes recibidos nos lo presentaban en Sidi-Guariax conversando apaciblemente con los corresponsales y fumándoseles los pitillos. Por lo visto, éste es un bajá de la clase de gorriones, que parece que no hace nada y es capaz de sacarle un duro á la estatua ecuestre del general Espartero.

El hombre estaba en grande con motivo de la construcción del fuerte. Salía de su casa sin un pitillo, llegaba á Sidi-Guariax, tomaba asiento, preguntaba por Morote y le decían:

—No ha venido aún, pero le estamos esperando.

—Bueno— contestaba el bajá.

Y se ponía á mirarse las pulgas tranquilamente. Después llegaba Morote y le decía:

—Hola, Luisito, ¿cómo estás?

—Bien ¿y tú, moro?

—Vamos pasando. ¿Tiene ahí un pitillo?

—Sí.

—Pues venga.

Si además del pitillo podía sacar un poco de café y algo de azúcar y unas pastitas, el hombre se ponía doble de contento, desatándose en zalemas y elogios desmesurados.

—Yo querer á los cristianos. Cristianos estar *farrucos*: yo parecer tonto y meterme en casa—decía el bajá hincándole el diente á una galleta.

—¿Cómo te llamas?—le preguntaba un corresponsal.

—Muhomét Alí Muruza.

—¿Muruza ó Gazuza?

—Lo mismo dá.

Ahora parece que se ha prohibido á los moros la estancia en nuestro campo, y el bajá ha tenido que renunciar á las golosinas. Por su gusto se hubiera ido á vivir al lado de los ingenieros que construyen el fuerte, y ya estaba haciendo gestiones para que le nombrasen capataz de las obras con dos pesetas, porque es lo que él decía:

—Yo con ocho reales y la tripa llena, ¿para qué quiero más bajalato?

Pero no se ha accedido á su ruego, y tendrá que contentarse con el café que le regalan de cuando en cuando.

Los que conocen la vida íntima del Riff aseguran que este bajá es una excelente persona y que de puro bueno se pasa. Desde que ha empezado la guerra no ha hecho más que recorrer los poblados aconsejando á los moros que no den la cara y disparen con método, pero nadie le hace caso y en más de una ocasión le dijo alguna mora, poniéndose en jarras:

—Oiga usted, tío petate. No venga usted á sacar de sus casillas á mi hombre.

—Zulima, no me faltes al respeto, que soy el bajá.

—Lo que es usted bien lo sé yo.

—¿Qué soy, vamos á ver?

—Un *boceras*.

Todo esto dicho en lengua mora y con el acento de profunda convicción que saben imprimir los árabes á sus discursos.

Otro que no hubiera sido tan bueno como es el bajá, se hubiese incomodado mucho; pero él se metía las manos en las babuchas, que es lo que equivale en África á nuestros bolsillos, y permanecía en cuclillas un par de horas pensando en los desastres de la guerra y en el azúcar de pilón.

Un corresponsal ha averiguado que el bajá, además de buena persona, es hombre de letras. En sus ratos de ocio suele dedicarse á la poesía, y hasta se asegura que está acabando una zarzuela con destino á Eslava.

Por floja que le resulte, nunca podrá serlo tanto como algunas silbadas recientemente en aquel coliseo, dicho sea sin ánimo de agraviar á la clase de autores, no comprendidos.

\*\*\*

Háblase mucho del bando del general en jefe.

Yo, Dios mediante, no he llegado á corresponsal ni espero serlo, pero así y todo, me tiemblan las carnes al leer aquellos artículos tremebundos.

Pena de muerte por dar noticias que puedan enterar al enemigo de nuestros propósitos; pena de muerte al que diga dónde están nuestras tropas y lo que hacen; pena de muerte por difundir la alarma; pena de muerte por jugar al tute; pena de muerte por todo.

¡Caramba! si yo estuviera en Melilla en los actuales momentos, no me atrevería á escribir ni siquiera á mi casa por temor de verme víctima de un proceso sumarísimo.

Comprendo que la guerra tiene sus exigencias y que hay que proceder con rigor frente al enemigo; pero yo, por si acaso, me venía aquí y dejaba la «corresponsalía» y lo dejaba todo.

¡Cuánto mejor se está en Madrid, libre de bandos y de censuras previas! ¿Que no me gusta López Domínguez? Pues lo digo. ¿Que me parece mal una nota de Moret? La combato. ¿Que desafina una tiple? Se lo cuento al público.

En cambio Eduardo Muñoz, mi querido compañero de *El Imparcial*, vive en Melilla pendiente de un hilo, y el día menos pensado, con toda su discreción y todo su talento... ¡pum... rum... pum!... ¡Ay! ¡No quiero pensarlo!

\*\*\*

El Teatro Español ha vuelto á la vida por consecuencia del estreno de *La Haine*, drama de Sardou, arreglado á la escena española por Llana y Francos Rodríguez con el título de *Blancos y negros*.

La primera representación se verificó el jueves último con éxito ruidoso, y desde ese día el teatro se ve muy concurrido.

Tiempo era ya de que el público acudiese al «clásico coliseo»—que dicen las personas cultas,—y yo me alegro de todo corazón, porque dado el cariño fraternal que profeso á Francos y á Llana, yo vengo á ser algo así como el tío político de la nueva obra.

LUIS TABOADA.

## EL CABALLO DEL PRÍNCIPE

En Madrid, que fué castillo por los moros bien guardado; corriendo la de Sevilla ancha calle de los vagos; macilento por ayunos, por tristezas cabizbajo, como el que medita un crimen ó prepara algún *sablazo*, anda el pobre Pepe Pérez, que allá en el cuarenta y tantos era hermoso galán joven en compañías de Farro.

Hoy como actor de carácter firma Pérez los contratos, aunque no puede echar firmas donde no encuentra empresario.

Arrímase á los corrillos por si se habla de teatros; pide en el Inglés noticias, en el Diván busca datos; en la esquina del Suizo para á todo actor *parado*, y á preguntas los aturde por si tropieza con algo.

Sólo oye hablar de Melilla, de moros y de cristianos, de rifeños guerreadores, de bajás parlamentarios,

y, en fin, del caballo tordo que aquel príncipe africano destinaba como ofrenda al noble Martínez Campos.

Y solo y con hambre Pérez, hace un monólogo al cabo, á vueltas con el tordillo, calle arriba, calle abajo.

—«Araaf, príncipe moro, del sultán ilustre hermano, que de varios pelos tienes caballitos de regalo:

»quédate con el tordillo, que es potro de pocos años, y muchos tarda el blanqueo de las orejas al rabo.

»Mas ten piedad de este cómico con *gazusa* y sin un cuarto, que envidia á tus caballitos porque al fin prueban *bocaa*.

»Mira que también fui moro de dramas en los repartos; con Guzmán lidié en Tarifa y en otras tierras con Sancho.

»No ha mucho, en drama patriótico, *perros* llamé á los cristianos, y suelo ser de los vuestros sin congerlo ni almorzarlo.

»Mándame, pues, el que montas,  
soberbio caballo blanco;  
si para empresa no sirve,  
en bistekes me lo zampo.»

Rumió Pérez su monólogo,  
y, entre sueños de cobrarlo,  
en la calle de Sevilla  
dejó á sabiastas el campo.

EDUARDO BUSTILLO.

## LAS TRES LOBAS Ó EL SUEÑO DE UN HUÉSPED

—¿Qué sueño más extraño  
tuve anoche, simpática patrona!

—¿Fué verde acaso?

—No.

—Lo siento mucho.

Mas cuéntelo; no importa.

—Soñé que nuestra guerra de Melilla  
se había hecho tan honda

que ya no nos quedaba un hombre solo,  
ni activo, ni en conserva. España, loca,  
no sabía qué hacer; hasta que un día  
el ilustre ministro de la Gorra

(no digo de la Guerra  
porque no pegaría ni con cola)

salió por esas calles

gritando: «¡Todas! ¡todas!»

—¿Qué bruto! ¿Y no le dieron

un palo en la cabeza?

—No, señora.

Llamaba á las mujeres

por causa tan patriótica,

que vió pronto formado un regimiento

de chicas vigorosas,

valientes cigarreras,

bizarrras peinadoras,

traperas distinguidas, *traficantas*

en ajos y cebollas,

coristas *arrojadas*, lavanderas,

amas de cura gordas,

profesoras en partos, pensionistas,

baronesas tramposas,

portereras lenguaraces,

chalequeras, nodrizas y patronas,

mandadas por Panchita la del Cusco,

Bastiana la Patosa,

la Tuerta del Barranco, la Pelitos

y la Chupalindrona.

Pues bueno, lo más raro de mi sueño

es que en aquel puñado de españolas

iban las tres pupilas que usted tiene

en la sala de esquina.

—¿Las tres lobas,  
como ustedes las llaman?

—Justamente;

las tres chicas más locas

que hay en todo Madrid, ¡las más amigas

de andar coqueteando entre la tropa!

Soñé, en fin, que salían de la corte

mil mujeres unidas y animosas,

hinchidas de entusiasmo, bien armadas

y sedientas las mil de sangre mora.

—¿Y entraron en combate

con las riffeñas hordas?

—¿Cómo habían de entrar, si ni siquiera

llegaron á la costa?

—¿Pues no salieron?

—¡Vaya!

Pero antes de dos horas

se habían destrozado por completo

las unas á las otras.

—¿Qué lástima tan grande,

pues sabe usted de sobra

que hubieran realizado mis pupilas

hazañas mil para volver con honra!

—¿Hazañas? No lo dudo,

pues conozco muy bien á las tres lobas.

Pero ¿volver con .. eso?

¡Supongo yo que lo dirá usted en broma!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## MOROS INFANTILES

—Diga usted, ¿y los niños también nacen moros?—me preguntaba  
una señora cristiana aunque *ignorante*.

—No—le respondí,—les amoratan después.

—¿Pero no rompen á hablar en mahometano?—insistió.

—En inglés; pero les traducen luego.

—¡Ay, qué lástima de angelitos! ¿Pero esa sociedad protectora de  
niños y plantas qué hace? ¿Cómo no captura á esos pobrecitos y los  
civiliza y amamanta en nuestra doctrina?

—Pues ahí verá usted.

—¿Y el *Indispensable* no es también una institución para eso?

—¿El indispensable de bolsillo, ó sea «El verdadero zaragozano de  
Mariano Castillo que rige en todas las provincias de España?»

—No, hombre, el *Indispensario*, ó como le llamen.

—¿El Disciplinario?

Y, sin embargo, como decía Fenelón, los niños, en su inocencia,  
reflejan, mejor que las personas mayores, el espíritu de una época,  
de una raza ó de dos.

En tiempos felices jugaban al toro.

Entre ellos, había algunos nacidos para matadores de reses ó de  
banasta, porque el toro usaba siempre una banasta para embestir á  
los lidiadores.

Otros nenes eran banderilleros espontáneos por convicción, si no  
por principios.

Y tal cual se consideraba nacido para toro.

Corneaba ó *banasteaba* como un toro vitalicio ó como un buey  
por derecho propio.

La afición heredada de sus cariñosos antecesores.

Me refiero á la afición á la lidia.

Pero aquello pasó, tal vez ¡ay! para siempre.

La fiesta de los cuernos ha dejado de ser fiesta española.

Los juegos infantiles se han modificado conforme á los gustos y  
exigencias modernas.

Aquellos uegos de «justicias y ladrones», «el marro», «el toro»  
cedieron al pelotarismo.

No porque no haya ladrones y justicia, que esto siempre estará  
en uso aunque no en buen uso quizás, sino por seguir la corriente  
de modernismo en las artes infantiles.

La pelota, no artificial, como calificaban los vendedores del ramo  
á la «pelota cautiva», se impuso.

Era el juego de moda.

Ya no se llamaban uno á otro Lagartijo, Frascuelo, Guerrita ó  
Mazzantini: se decían Irún, Portal, Chitivar, Sarasúa y demás.

Pero la irrupción de los riffeños en el campo de Melilla ha inspi-  
rado á los chiquillos guerras de moros y cristianos.

Bien mirado, es la resurrección de un juego de la Edad Media.

Entonces todos los niños jugaban á moros y cristianos, desde los  
hijos del señor Fruela á los sobrinos de Chilperico ó Chistavin I.

He visto verdaderas batallas entre chicos de uno y otro bando.

—Tú eres Maimón.

—Yo soy Mari-Guari.

—Y tu Macías.

—No, Macías soy yo.

—Y yo el sultán.

—Y tu Mamoncillo, que eres más pequeño.

—Yo venía á vender gallinas mahometanas y huevos de Beni-  
sicar.

—Y yo no te dejaba entrar en el ruedo.

—¿Qué ruedo?

—En el polígono. ¿Por qué le llamarán polígono?

—Vamos á jugar, ¿á ti qué te importa?

—Mira, yo era diputado provincial y venía...

—¿También con gallinas?

—Ea, anda; llévate á ése y á ése y á todos los moros; yo me quedo  
con Macías y con Chinchilla y con éstos que son españoles. Vos-  
otros rompéis el fuego, y nosotros atacamos á la bayoneta.

Y empieza la acción y se oye la voz de algún moro, que natural-  
mente, como son menos y de los más pequeños, así escogidos por  
«el general nuestro», llevan la peor parte:

—No peguéis así, ¡animales!

—¡Á ellos! ¡Viva España!

Suele resultar algún moro contuso á palos ó á pedradas.

Después comentan la batalla sobre el mismo campo y dice el que  
capitanea por edad, saber y valentía:

—¡Buena paliza habéis llevado!

—¡Ya lo creo!—protesta uno de los *bajaes*.—Porque erais más;  
pero no os hemos dejado pasar de Sidi-Guirlache.

Por fin, que no hay tranquilidad ni paz, hasta que acabe eso del  
sultán, ni entre los chiquillos.

Hasta los juegos infantiles son guerreros.

Como decía ayer un empresario de teatros:

—¡Bien nos está fastidiando ese Mulé!

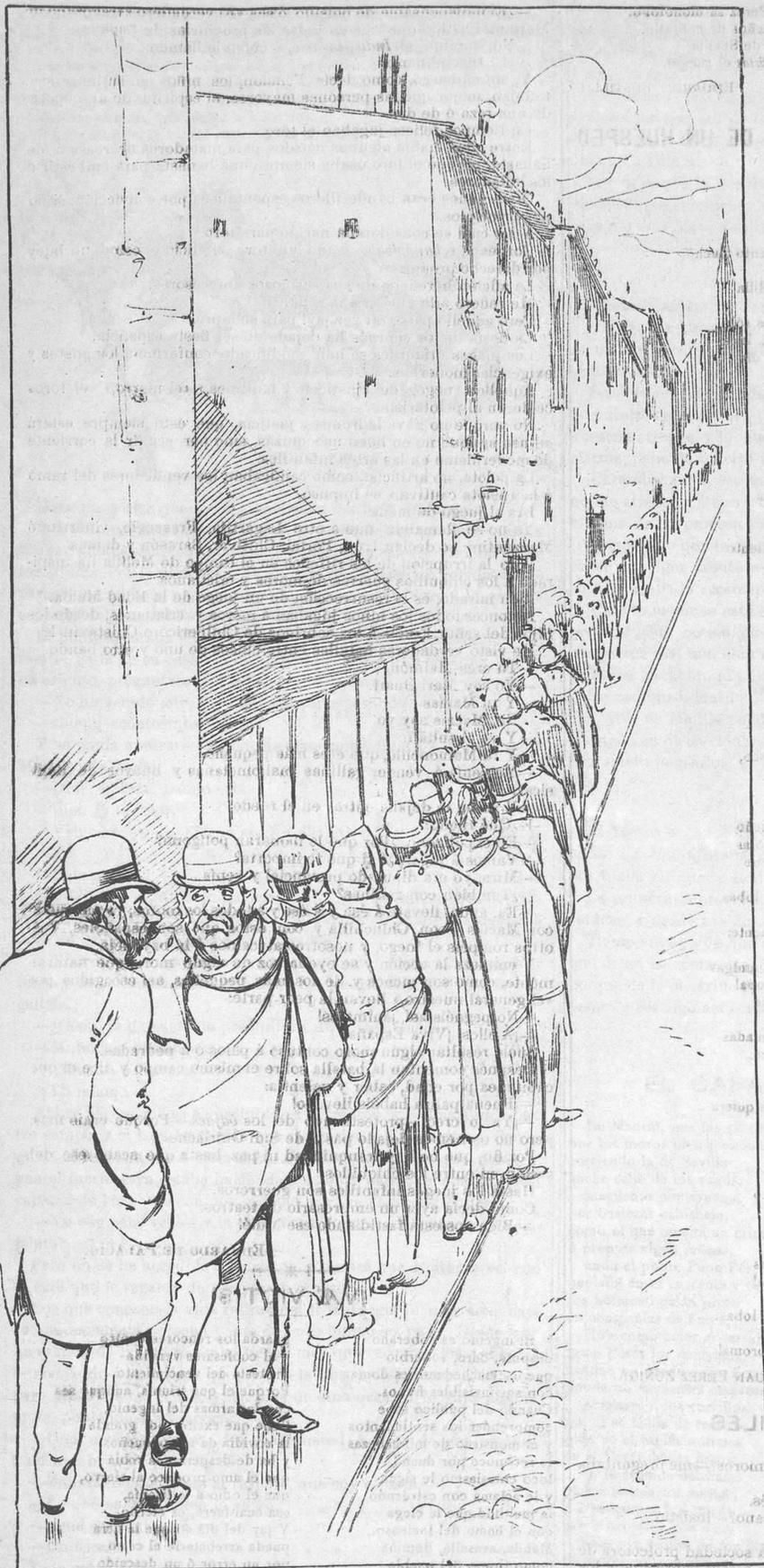
EDUARDO DE PALACIO.

## ¡VÆ VICTIS!

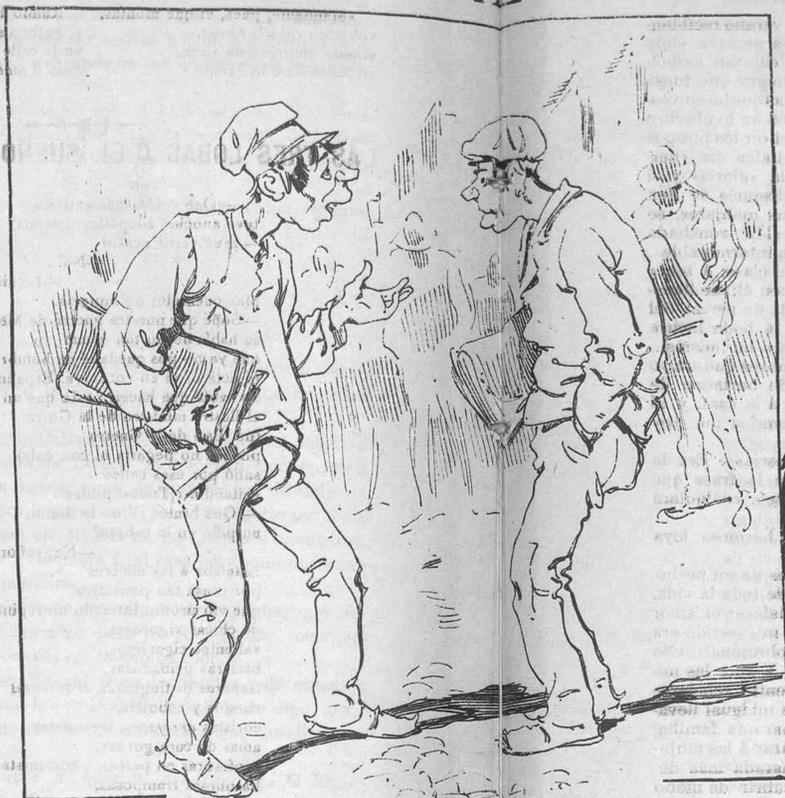
El ingenio es soberano  
déspota, duro, soberbio  
que las muchedumbres doma  
con sus invisibles frenos.  
Cuando del público sabe  
comprender los sentimientos  
y el monstruo de mil cabezas  
le reconoce por dueño,  
loco entusiasmo le sigue  
y le aclama con estruendo  
la multitud que le ciega  
con el humo del incienso.  
Manda, avasalla, domina  
como tirano del pueblo  
que de laurel le corona  
y en triunfo le lleva luego.  
Pero la masa que aplaude

guarda los rencores dentro  
y al confesarse vencida  
protesta del vencimiento.  
Porque el que triunfa, aunque sea  
con las armas del ingenio,  
tiene que excitar por grande  
la envidia de los pequeños  
y ha de despertar la rabia  
que el amo produce al siervo,  
que el odio á la tiranía,  
sea cual fuere, es eterno.  
Y ¡ay del día en que la fiera  
pueda arrebatarse el cetro  
por un error ó un descuido  
en el combate perpetuo!  
Los esclavos, de repente  
se convertirán en dueños,

# MESA REVUELTA



— Ahí pero ¿usted ha sacado ya la cédula?  
 — Sí, señor.  
 — Pues ¿para qué se vuelve usted a poner en la fila?  
 — Para sacar la del año que viene, porque cuando me toque la vez ya habrá caducado la que tengo.



— Sabes lo que te digo? ¡Que está muy mal hecho eso de que se acabe la guerra, y debíamos empezar otra vez a tiros con los moros!  
 — ¿Y a ti qué te importa?  
 — Anda, que si me importa! Como que dende que no pasa nada vendo siete manos menos toas las noches!



— ¿Ves lo que yo te decía? Nuestras ideas se van abriendo camino entre las personas ilustradas.  
 — En qué lo conoces?  
 — En que ya se han alborotado los estudiantes de la Universidad, pidiendo que no haya clases, que es lo mismo que estamos diciendo nosotros toda la vida.



— Despierta ¡oh Musa! é inspírame una oda á la guerra de África.  
 — Déjame en paz ahora. Allí, en aquel estante á mano izquierda, tienes unas cuantas que me sobraron el año sesenta. Copia la que te dé la gana.



— Anoche vi un cero en sueños, lo cual me prueba que este año el premio gordo de Navidad va á acabar en cero.  
 — ¿Y está usted seguro de que no era una O mayúscula?

los endeble eslabones  
de sus cadenas rompiendo.  
Se alzarán en son de guerra  
las manos que le aplaudieron  
y hará mayor su derrota  
de sus triunfos el recuerdo.  
La apiñada muchedumbre  
que cuando tascaba el freno  
con vivas atronadores  
engrandecía su mérito,  
gritará indignada:—¡Mueral  
y ante su empuje tremendo  
los anteriores laureles  
caerán en polvo deshechos.  
Tal como el mismo soldado

que hoy corre loco de miedo,  
de imaginario enemigo  
por los breñales huyendo,  
mañana ataca un reducto  
con el terrible denuedo  
y el arrojo temerario  
que presta el valor ajeno,  
así el público, arrastrado  
por la impresión del momento,  
alza en el pavés, ó arrasa  
cuanto le sale al encuentro.  
¡Y ay del que el fallo no acate!  
porque el vencedor, soberbio,  
le contestará:—¡*Ve victis!*  
como á los romanos Breno.

SINESIO DELGADO.

## PUES SEÑOR...

Fué el caso que soñé que me moría  
y que mi alma subía  
por un bello camino, paso á paso,  
hasta dar con las puertas del Parnaso.  
Yo había sido en vida (sigue el sueño)  
un ilustre poeta  
que me había hecho dueño  
de todos los lectores del planeta;  
me sorprendió la muerte pobre y solo  
y me marché en seguida con Apolo.

Me alojé en el Parnaso como pude,  
pues aunque alguien lo dude,  
estaba aquello lleno  
como un teatro el día que hay estreno,  
y, desde mi rincón, me entretenía  
en ver lo que aquí abajo se escribía.  
Mucho tiempo, al principio, me entretuve  
en leer una nube  
de sonetos y odas  
debidas á mi muerte y malas todas,  
llamándome inmortal, inolvidable,  
genial, incomparable,  
y otras mil cosas más. Yo me creía  
de buena fe que no se olvidaría  
mi memoria tan pronto  
como al fin se olvidó. ¿Sería tonto?  
Y á medida que el tiempo iba pasando,  
yo iba también buscando  
al que, según creí, me seguiría  
en los dominios de la poesía,  
y busqué con afán entre los seres  
un vate regular... ¡y que si quieres!  
Repasé los poetas uno á uno  
y hube al fin de quedarme sin ninguno.  
—Pues, señor—exclamé,—yo no lo entiendo;  
la prensa sin cesar sigue diciendo  
que existen mil autores  
mis dignos sucesores,  
y, ó la prensa ha perdido la chabeta,  
ó yo no fui poeta.  
¡Igualarlos á mí! ¡Qué disparate!  
¡Poner á mi nivel tanto petate,  
que el que más y el que menos es un bestia!  
(allá arriba no existe la modestia).  
¡Me consume la ira  
de no poder negar tanta mentira!  
Y de este modo mi furor, siguiendo  
mucho tiempo *en crescendo*,  
me puso en tal estado  
que al fin me desperté sobresaltado.

Y ahora, al leer que á tantos excelentes  
poetas... como yo, sobresalientes,  
se les da cada bombo que arde el pelo,  
pienso con desconsuelo  
en mi sueño, y exclamo á cada paso:  
—¡Cómo deben rabiarse en el Parnaso!

FEDERICO CANALEJAS.

## PERCAL Y... SEDA

Aspiró con deleite el humo del «susini» que aprisionaba entre  
las amapolas de sus labios, y después de arrojar pequeñas bocanadas  
que envolvieron su cabeza en una aureola tenuemente azul, me  
dijo acercándose á mí y rodeándome el cuello con la dulce cadena  
de su brazo:

—Hace días que tuve un capricho extraño: el de comprarme un  
traje de percal parecido al que usaba en mis buenos tiempos, cuando

iba al obrador aterida de frío en el invierno y en el verano recibien-  
do todo el solazo, pero alegre siempre. Ganando á la semana siete  
pesetas por doce horas diarias de labor y teniendo con tan exiguo  
caudal que atender á mis padres, no era cosa de milagro que fuese  
tan mal de ropa. Miraba con envidia á esas señoronas que lucen  
vestidos de raso, abrigos de pieles, brillantes y... pensaba en lo obscuro  
y triste de mi porvenir... Aumentaba más mi pena el oír los piropos  
con que los hombres me saludaban al paso... Para todos era «her-  
mosísima», «gloria», «cielo.» Y la «hermosísima», la «gloria» y el  
«cielo» se desayunaba con unas sopas de ajo, y después de una  
cena que no se recomendaba por la suculencia de sus manjares, se  
acostaba rendida, con los ojos enrojecidos y la espalda tronchada  
por una labor penosa de todo el día... Y aquello sería interminable...  
Podría aspirar á lo más que puede aspirar una de tal clase: á tener  
algún novio cajista, ebanista ó cosa así; me casaría con él; me llenaría  
de hijos y de trabajos... Jamás saldría de mi falda de percal, del  
pañuelo á la cabeza, del mantón; si acaso, el día de la boda luciría  
algún traje de gro barato. Sentía cierta rabia contra mí misma...  
¿Por qué nací tan pobre?... ¿Á qué me decían los hombres que era yo  
hermosísima y que mi palmito era un encanto?... ¿Se burlaban de  
mí?... ¿Guapa? ¿Y qué? Me miraban ansiosamente á la cara, y al  
reparar en mi vestido de percal torcían el gesto, como si me des-  
preciaran ó sintieran lástima de mi pobreza.

En sus requiebros empleaban toda clase de groserías... Era la  
chica de oficio... Me insultaban, porque insulto es la frase que  
encierra su posición vergonzosa disfrazada de galanteo; cualquiera  
me decía:

—Es usted muy bonita. ¡Lástima grande que tan hermosa joya  
esté en tan pésimo estuche!

Y esto enrojecía mis mejillas y aceleraba los latidos de mi pecho.  
No me querían á mí como se quiere á la compañera de toda la vida,  
me querían como á una cosa bonita que puede satisfacer el amor  
propio del poseedor... Harto lo notaba. El percal de mi vestido era  
una proclama contra mi pudor: «¡Bah, es una pobretona!» «No  
será difícil el conquistarla.» «Cuestión de dinero.» Y ante las mi-  
radas incendiarias, al escuchar las proposiciones, sentía rebelarse  
mi inocencia. ¿Qué se creían de mí?... Los jóvenes de mi igual lleva-  
ban miras más honradas: me pretendían para formar una familia;  
pero yo, yo sentía asco hacia su manera burda de tratar á las muje-  
res, sobre todo á la propia. La tratan como á un camarada más dé-  
bil y sumiso, y su egoísmo triunfante concluye por cubrir de mohó  
la sensibilidad de la esposa... Eso lo veía yo en mi casa, en la de to-  
dos los pobretones. El marido llega de su trabajo con el cansancio  
en el cuerpo y el hastío en el alma, amén de un humor de todos los  
diablos. No sabe que su mujer tenga un corazón: ¿qué le importa á  
él esta bagatela?... Conque esté la comida á punto, conque la mujer  
le cuide la ropa y críe como Dios le dé á entender los chicos, pro-  
ductos de una necesidad grosera, se da por satisfecho... Si el marido  
es borrachín ó pendenciero, la mujer es una mártir que para no mo-  
rirse de hambre tiene que trabajar como una bestia de carga y re-  
coger como recompensas insultos y trastazos del Fulanito perdula-  
rio... ¡No! ¡No me casaría con uno de mi igual!... La independencia  
casi salvaje de mi carácter repelía las muestras de afecto que para  
conquistarme me otorgaban... Yo deseaba querer á un hombre,  
quererle?... no, adorarle como á un Dios; pero ese hombre tenía que  
corresponder á mi pasión con tanta ó mayor delicadeza con que yo  
se la ofreciese... Sentía hambre de otro cariño mayor, más grande,  
más legítimo que el que me prodigaban los míos... A los diez y ocho  
años, el amor paterno no amortigua la soledad, el helamiento que  
produce no tener alguien que murmure á nuestro oído: «Te quiero  
con toda mi alma...»

Tuve un novio señorito... Le idolatré... Creí que me respetaría, sin  
echar de ver que mi corazón virgen, amante y desinteresado estaba  
cubierto de percal...

¡Mi primer novio fué mi primer amante!

II

—Te lo juro. Caí seducida, atraída por aquel hombre sin calcular  
nada, me entregué espontánea y libérrimamente... ¿Que no supe lo  
que me hice?... ¡Tampoco lo sabe la palomita que ronda la luz y en  
ella se abraza después...

Vinieron los desengaños: el hastío por parte de él, y por la mía el  
convencimiento amargo de una falsedad: la que más destrozo causa.  
Juré vengarme y me vestí de seda, es decir, ahogué para siempre  
todas las purezas, todas las expansiones, todos los sentimientos del  
alma... Los hombres así lo han querido: honrada y amante, me des-  
preciaron porque no comprenden que debajo del percal pueda latir  
un hermoso corazón de mujer... Ahora, yo, egoísta y cruel al cubrir-  
lo la seda, hago de los hombres mis esclavos. ¿Comprendes?... Y es  
que la seda en las hijas del pueblo casi siempre sirve de lujoso  
sudario á su corazón.

ALEJANDRO LARRUBIERA.

## INSTANTANEAS

I

Si es que vas al infierno cualquier día,  
no me dejes las señas, Rosalía,  
pues mal rayo me parta  
si algún día escribirte me es preciso,  
y mandando la carta al paraíso  
no recibes la carta.

## II

No me beses á solas, sé prudente.  
Bésame en el teatro... en los salones...  
donde haya mucha gente,  
que allí se vencen bien las tentaciones  
y no cuesta trabajo ser decente.

## III

No quiero amarte, Rosa,  
porque sé que eres pura y virtuosa.  
Si no tuvieras la virtud á mano,  
¡ya sería otra cosa!  
porque te he de dejar tarde ó temprano,  
y siempre causa al hombre menos pena  
dejar á una perdida que á una buena.

EMILIO C. OLARAN.

## ¡QUÉ DESENGAÑO!...

## I

Habitaba en el cielo un angelillo  
de carácter sencillo,  
para el cual no existían más placeres  
que servir al Eterno  
y tratar de que fueran al infierno,  
sin distinción de edades, las mujeres.  
Cuando al cielo subía  
un alma femenina sin consuelo,  
el angelillo aquel, con saña impía,  
el cerrojo corría,  
y ni el mismo Señor abría el cielo...  
Su aversión era tanta  
hacia el llamado sexo femenino,  
que, si hallaba una santa en su camino,  
llegaba hasta dudar que fuera santa.

## II

Cierto día que hallábase dormido  
el angelillo aquel, llamó una hermosa  
tan linda, tan gentil y tan graciosa,  
que dejóle á San Pedro confundido  
y en actitud dudosa.  
—¡Es divina!—exclamó—y sería ingrato  
que por ese chiquillo majadero  
no la abriera... ¡Prefiero  
hacer que pase el ángel un mal rato!...  
Al angelillo despertó el portero  
y, mirándole el santo de reojo,  
fué y le dijo al instante  
con muestras marcadas de enojo:  
—¡Mientras hablo al Señor, cuida el cerrojo  
y que no pase nadie hacia adelante!...  
San Pedro se marchó, y el ángel necio,  
al fijarse en la joven que esperaba,  
la miró con desprecio,  
como no haciendo aprecio  
de aquella hermosa virgen que admiraba...

Después de transcurrir un cuarto de hora,  
presentóse San Pedro, y vió iracundo  
que, con placer tan grato cuan profundo,  
la bella pecadora  
¡iba, en brazos del ángel, hacia el mundo!...

ABRAHAM LIMORTI.



Eso de la insurrección del Brasil va picando en historia.  
Porque todos los días nos anuncian los telegramas oficiales ó semioficiales que los sublevados van de capa caída y que aquello está poco menos que como una balsa de aceite, mientras hay en Lisboa un Sr. Silva que telegrafía extensamente á *La Correspondencia* participándonos que el almirante Mello triunfa sin cesar y que el buen Peixoto está con el alma en un hilo.

Antes de ayer nos dijo lo siguiente:

«La revolución se extiende de un modo rapidísimo por todo el Brasil y

no tardará en tener el epílogo por que suspiran los centros productores de aquella república.»

Lo cual sería verdaderamente *sensacional*... si no hiciera ocho meses que el Sr. Silva está diciendo lo mismo.

## Riffeñas.

Anda ya, que te pareces  
al hermano del sultán:  
con un ojo forastero  
y el otro en baños de mar.

¡Allah, y lo que pasaría  
si capturasen los moros  
á varios chicos cronistas!

Con razón algunas veces  
repite José María:  
—¿Qué personaje de viso  
no hemos estado en Melilla?

No era yo bajá en Marruecos  
ni ganando un buen jornal;  
por eso del trato moro:  
—Bajá, baia-me-la-já.

¡Ustedes no han conocido  
al santón de la Puntilla?  
Vino aquí de puntillero  
no recuerdo en qué cuadrilla.

Preso está en Melilla  
el Mari-Guarí:  
¡el que la vida se pasó soplando  
y era tan feliz!

Ya me han dicho que quisiste  
marcharte de cantinera  
no sé con qué regimiento:  
que lo decía la prensa.

De un empresario barbián:  
—¡Vaya un vivero de tiples  
que tiene Muley-Hassán!

E. DE P.

## Libros:

*Aj aire libre*, poesías de D. Enrique Redel, con un prólogo de Salvador Rueda. Redel es un joven poeta cordobés que se distingue por la originalidad de sus composiciones, y en los versos que acaba de publicar demuestra una inspiración poco común.

*El brazo derecho*, juguete cómico en un acto y en prosa, original de don Carlos Arniches y D. Celso Lucio, estrenado recientemente en el Teatro Lara, donde sigue representándose con gran aplauso.

*La Iberiada*, poema en prosa de D. Manuel Lorenzo d'Ayot, director de *La Reforma Literaria*. Canto I. Toledo. Precio, 50 céntimos.

*Los descamisados*, aplaudidísimo sainete, original de D. Carlos Arniches y nuestro colaborador López Silva, con música del popular maestro Chueca, estrenado con gran éxito en el Teatro de Apolo.

*Prosa barata*, amena colección de interesantes cuentos, originales de don Francisco Larrosa. Precio, una peseta.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Pérez*.—Á juzgar por los tres botones de muestra, se han equivocado efectivamente los profetas; no le llama á usted Dios por el camino de la versificación humorística y fácil. Ahora... veamos los dibujos, á ver si tenemos mejor suerte.

*Frescuras*.—¿El último precio? Pues... ése. Diez pesetas. Demasiado barata es; ¡qué demonio!

*Mimar*.—Triste... y vulgar, que es lo peor.

Sr. D. A. M. L.—Muy bonita la letra, pero muy mediana la composición. Así las hacen todos los estudiantes de primero de latín que se sienten enamorados de pronto.

*Un reincidente*.—Así está mejor. Venga la firma.

*Moderato*.—¡Ay! no, tampoco. Tampoco esta vez ha podido pasar.

*El portero de Eslava*.—Sigue usted versificando regularmente, pero con asuntos pequeños y vulgares. La composición sin título es efectivamente inmoral, más aún que por el fondo, por las palabras.

*Curriqui*.—Hay alguno pasable, pero nada más que pasable, y, francamente, no vale la pena...

*Mambrú*.—Tampoco tienen nada absolutamente de particular los cuatro cantares.

*Eduardito*.—Hé aquí á lo que llama usted soneto:

«El suelo español late,  
sus hijos, ciegos de ira  
ven, que la mira  
cerca la hora del combate.  
Y de locura en remate  
piensan de buena manera  
demostrar su saña fiera  
y preparar el petate...»

¡Ay! No puedo seguir, me ahogo en remate de risa.

Sr. D. E. P.—Vaya, es lo que nos quedaba que leer. ¡Unos versos dedicados al capitán Ariza! Por supuesto que los estaba yo viendo venir de un momento á otro.

X.—La idea no está mal; pero ¡qué combinación de versos tan antipática ha escogido usted!

*Maimoncillo*.—No, no es publicable. De modo que si son como ésa las que piensa usted enviarme todas las semanas... puede ahorrarse los sellos.

*Sequah 2.º*.—Sí, el castañeteo se hace un poco pesado, y no tiene mucha gracia.

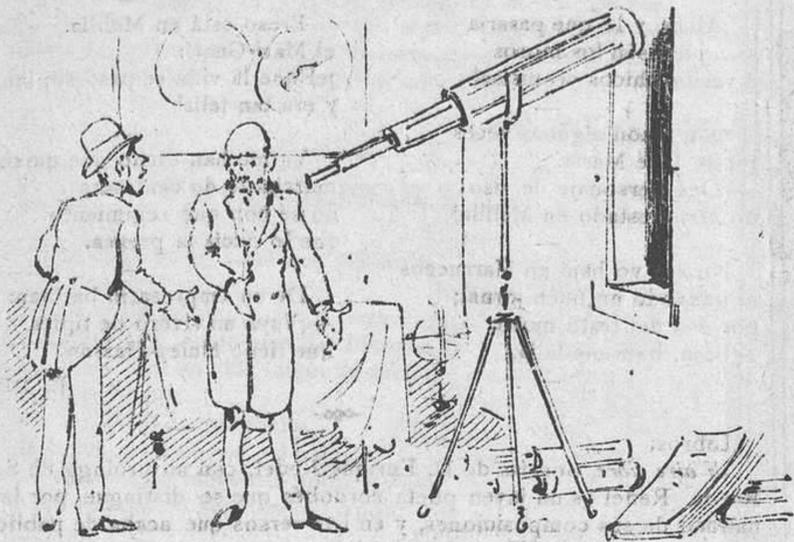
*Quintillas*.—Continúa usted pareciéndome poeta de veras. Lo cual no empece para que no me guste esa composición, por la índole del asunto y la confusión con que está desarrollada.

*Alcachofas*.—¡Jesús, María y José, qué malo es eso! Ni bien medidos están los versos siquiera.

Sr. D. G. A.—Tampoco podría pasar por modelo de corrección ese romance.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández,  
Libertad, 6 duplicado, bajo.—Teléfono 334.

ANUNCIOS



—En el planeta Marte están más adelantados que nosotros, luego allí la vida debe ser más cómoda y mejor.  
—No lo crea usted, porque la casa Escofet, Fortuny y Compañía, no manda todavía allá sus baldosas especiales para aceras, cuerdas, terrazas, etc., sus mosaicos hidráulicos para pavimentos ni sus magníficos artesanados ó florones para techos, y un planeta que no disfruta esas gangas está en el atraso más lamentable.

Alcalá, 18.—Equitativa.



Yo no he visto nada igual á este Colcream virginal, pues no hay mancha de la piel que no se quite con él.

Farmacia de Torres Muñoz.  
San Bartolomé, 7, y San Marcos, 11.



Debes en casa tener Cognac fino de Moguer, y si la suerte tenaz quiere hacerte padecer... echas un trago, y en paz.

Guinea.—Carretas, 27.  
Depósito de vinos.—Arenal, 2.



Vete en seguida á Tirso, graciosa Pura, y encarga que te limpie la dentadura. De esa manera estarás todavía más hechicera.

Mayor, 59.



Inglaterra es el coco por sus cañones, pero hace buenos paños de pantalones. Todos los años hace diez mil Pesquera con esos paños.

Magdalena, 20.



Después de haber comido patatas fritas y de echarse al coleto cuatro copitas, dijo Mariano: —Buenos vinos de mesa tiene Medrano.

Matute, 12.



Una camisa buena me hizo Martínez, que no hay fuerzas humanas que me la quiten, y aunque reviente, hasta que se me rompa la llevo siempre.

San Sebastián, 2.



Despierta, y en seguida que te levantes compras fotografías interesantes.

(Catálogo, 50 céntimos en sellos, dirigidos á The Publishing Office.—Amsterdam.



A García Carvosa le compré un hongo, y los días de fiesta que me lo pongo viene la gente á darme enhorabuena constantemente.

Carretas, 26.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA—MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID



¡Qué contenta se ha puesto mi Margarita porque, habiéndola visto muy enfadada, la hice á escape el obsequio de una camita del Bazar de la Plaza de la Cebada! núm. 1.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPAHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO